

Enrique CÁRDENAS: *La industrialización mexicana durante la Gran Depresión*. México, El Colegio de México, 1987, 282 pp., ISBN 968-12-0365-8.

A mediados del siglo XIX, la agricultura dominaba la economía mexicana, ya que la mayoría de la población vivía en aldeas rurales y la política era una abstracción que atañía únicamente a una pequeña élite cuya riqueza estaba basada en el comercio y la agricultura. A mediados del siglo XX, la industria dominaba la economía nacional, la mayoría de la población vivía en las ciudades y la política atañía a la mayoría de la población ya que el capital y la mano de obra industrial presentaban demandas al Estado. Detrás de esta transformación de México había un factor principal: el rápido crecimiento industrial.

Dada su importancia en la estructuración del México moderno, uno pensaría que el proceso histórico de la industrialización mexicana habría recibido mucha atención por parte de los académicos. Por desgracia, éste no ha sido el caso. En realidad, hasta la publicación de este libro de Enrique Cárdenas, la mayor parte de los estudios sobre el desarrollo económico de México han servido más para enturbiar el registro histórico que para iluminarlo. En particular, muchos académicos han partido del supuesto de que la industrialización del México moderno se había iniciado durante la segunda guerra mundial, cuando no era posible conseguir bienes manufacturados de las naciones beligerantes, lo cual fue un incentivo para la sustitución de importaciones. En general, la comunidad académica ignoraba los progresos industriales anteriores a 1940. Y ello fue así por dos razones. La primera fue que las estadísticas agregadas y los informes del gobierno, a partir de los que trabajan la mayoría de los economistas, no fueron abundantes sino hasta el periodo posterior a 1940. Por lo tanto, los textos publicados daban la impresión de que la industria mexicana había surgido de la nada, como por milagro, en la década de los cuarenta, cuando el gobierno empezó a publicar informes sobre el tema. La segunda razón fue que la mayoría de los académicos han trabajado simplemente a partir de un conjunto de supuestos erróneos, motivados por creencias ideológicas y políticas y no por la evidencia empírica. Por ejemplo, en general, los académicos han partido del supuesto de que el ataque de Lázaro Cárdenas a las compañías petroleras extranjeras y a la élite terrateniente nacional debió tener un efecto de desbordamiento a otros sectores económicos. Por

lo tanto, no fue sino hasta que hubo un viraje con respecto a la política de confrontación del presidente Cárdenas que la industrialización pudo emprender su camino. Además, la comunidad académica partía también del supuesto de que la principal contribución de Cárdenas y otros gobiernos posrevolucionarios al crecimiento industrial de la nación había sido el asentamiento de los cimientos legales, institucionales y políticos para una posterior industrialización. No obstante, el desarrollo de la industria propiamente dicho no se dio sino hasta que se produjo la intervención activa del Estado durante los años cuarenta. El hecho de que este punto de vista contribuyera a legitimar el monopartidismo en México, mediante una imagen del PRI como partido "modernizador", cuyo control del Estado era el que creaba empleos para los trabajadores y beneficios a los industriales, contribuyó aún más a la propagación de este punto de vista.

Esta interpretación de la industrialización mexicana era ilógica desde una perspectiva teórica, y también es inconsistente con relación a los datos empíricos. Era ilógica porque postulaba que la industrialización mexicana sólo había podido echarse a andar cuando la importación de bienes industriales se vio obstaculizada por la guerra mundial. El problema en este caso es que México no disponía de capacidad tecnológica para diseñar y producir maquinaria industrial. Si la importación de bienes de consumo durante la guerra se había visto muy reducida, también lo habría estado la importación de capital y bienes intermedios. Esta manera de pensar era tautológica: los bienes de capital no podían haber provenido de la nada. Los datos empíricos pusieron de manifiesto claramente esta falla en el razonamiento. En realidad, los estudios de que se disponía sobre el crecimiento de la productividad industrial indicaban que aproximadamente el 75% de la expansión de la producción total de 1940 a 1945 se había debido al funcionamiento de la maquinaria ya instalada, las 24 horas del día. Tenía que haberse producido un importante sector industrial anterior a la guerra para que así hubiera sucedido. Era obvio que la interpretación existente adolecía de problemas.

Enrique Cárdenas contribuye de manera muy importante a aclarar este embrollo. Su trabajo demuestra no sólo que ya había una importante planta industrial en los años treinta, sino también que la industria fue el sector de la economía de crecimiento más rápido durante ese periodo. Según los cálculos del autor del estudio, la industria, definida en términos amplios, sólo habría participado en menos del 17% en la economía durante la depresión. Más

importante todavía es el hecho de que, de 1929 a 1939, la industria rebasó en crecimiento al resto de la economía en un 125%. En suma, el trabajo de Cárdenas demuestra que el proceso de sustitución de importaciones ya estaba plenamente en marcha cuando estalló la segunda guerra mundial.

El análisis estadístico pormenorizado que hace Cárdenas del nivel y la tasa de crecimiento industrial durante la Gran Depresión es, en sí misma, una importante contribución. No obstante, su aportación va mucho más allá. De hecho, la mayor parte de su estudio no se relaciona tanto con la cuestión de cuánta industria había o qué tan rápido creció, sino con la explicación de por qué esta industria creció con tanta rapidez durante ese periodo de crisis económica mundial.

Básicamente, la argumentación de Cárdenas se podría resumir de la manera siguiente. En primer lugar, hubo una recuperación relativamente rápida de los precios del petróleo y la plata, que eran los causantes del 75% de las ganancias que recibía México por intercambios con el extranjero. Esto aumentó la demanda agregada y tuvo también importantes efectos fiscales, ya que una parte considerable de los ingresos del gobierno provenía de los impuestos de exportación que recaían sobre estas mercancías. Así pues, el hecho de que México tuviera suerte en la "lotería de la exportación de bienes de consumo", para valernos de la frase de Carlos Díaz Alejandro, fue un factor muy importante en la reanimación del crecimiento económico. En segundo lugar, hubo un importante viraje político a comienzos de 1933 que propició esta recuperación: las autoridades monetarias y fiscales mexicanas abandonaron la ortodoxia y adaptaron políticas contracíclicas.

En concreto, hubo una expansión de la oferta de dinero, una devaluación del peso y el gobierno se hizo cargo de los déficits fiscales. Además, también hubo un viraje en la disminución del gasto del gobierno en rubros administrativos —como el ejército—, y en la canalización del gasto hacia programas económicos y sociales con una productividad marginal alta (como carreteras, irrigación y electrificación). Estas políticas impulsaron la demanda agregada mediante el aumento del gasto gubernamental y aumentaron la productividad de la economía mediante el mejoramiento de la salud pública, vinculando los mercados e incrementando los resultados agrícolas. Por otra parte, la devaluación del peso produjo un cambio en los precios relativos, favoreciendo a las mercancías de la industria nacional con relación a las importadas. El resultado

fue una fuerte recuperación de la depresión, que se inició en 1933 y que estuvo dirigida por el sector industrial.

El conjunto de pruebas en el que Cárdenas basa su análisis está compuesto por los censos industriales de 1929, 1934 y 1939, así como por los informes de gobierno sobre las condiciones económicas, datos del mercado extranjero y otros tipos agregados de indicadores económicos. Figuran también ampliamente en el estudio fuentes institucionales, como las *Memorias de Hacienda*, en las que se exponen con detalle los cambios en la política del gobierno. La presentación de estos datos está hecha de manera directa y metódica y vuelve muy convincente la interpretación de Cárdenas. Es significativo que un trabajo mío sobre la economía mexicana de los años treinta, basado no en el nivel de estadísticas agregadas sino en el de las empresas particulares y de los empresarios en particular, apoye la argumentación básica de Cárdenas respecto a los efectos que tuvo la Gran Depresión en la industria mexicana.

Hay dos temas que quedan pendientes en el análisis que hace Cárdenas de la industrialización mexicana, ambos producto de las limitaciones impuestas por el tipo de fuentes de que se valió en su estudio. Estos temas irresueltos no se deberían concebir, por lo tanto, como una deficiencia en su trabajo, sino como un indicador de hacia dónde deberán dirigir su atención los historiadores utilizando las fuentes, aún inexploradas sobre la empresa en México.

El primer tema es la vieja y obsesionante historia acerca de la capacidad instalada: si gran parte del incremento de la productividad en los años treinta se puede atribuir a un uso más eficiente de la capacidad ya instalada, como lo indica el análisis de Cárdenas, ¿de dónde provenía esa capacidad? Así como los trabajos anteriores a éste señalaban un punto de partida de la industrialización mexicana moderna anterior a 1940, el trabajo de Cárdenas señala un punto de partida anterior a 1930. De hecho, Cárdenas está consciente de ello e indica específicamente que gran parte de la capacidad industrial causante de la expansión de los años treinta era anterior a la depresión, y plantea la hipótesis de que ya existía (en forma subutilizada) en los años veinte o en el porfiriato tardío. No obstante, el carácter de las fuentes que Cárdenas utiliza impide un análisis detallado de este periodo temprano, ya que no hay ningún censo industrial anterior a 1929. Un trabajo que yo he llevado a cabo posteriormente sobre la primera industrialización mexicana a nivel de empresa indica que la apreciación de Cárdenas es correcta, aunque éste tiene tendencia a sobrestimar la magnitud de la capacidad instalada heredada de los años veinte y a subvalorar la capacidad here-

dada del periodo 1890-1910. La mayoría de las empresas industriales importantes y en funcionamiento al inicio de la depresión datan del último periodo del porfiriato e instalaron gran parte de su planta y de su equipo en los años previos a 1910.

El segundo tema que queda pendiente en el planteamiento de Cárdenas es la cuestión de los orígenes sociales de los empresarios industriales de los años treinta. ¿Quiénes fueron los causantes de la nueva inversión industrial durante ese periodo y cómo generaron su capital? De nuevo, la naturaleza de las fuentes y el nivel agregado del análisis impiden que Cárdenas prosiga este tema con pormenores. Los trabajos recientes de una serie de académicos señalan la importancia del capital mercantil, aunque está claro que a los historiadores sociales les queda mucho trabajo por hacer al respecto.

En resumen, Enrique Cárdenas ha explotado las fuentes estadísticas e institucionales de que se dispone a nivel macro para el periodo de los años treinta y, de esta manera, ha contribuido a nuestro conocimiento de la historia económica de la Gran Depresión en México. Su trabajo muestra también una serie de cuestiones importantes, sociales y económicas, que es necesario que otros investigadores continúen analizando. Además, el trabajo de Cárdenas advierte sobre la necesidad de seguir reflexionando en la historia política de este periodo, puesto que indica que entre el presidente Cárdenas y los capitalistas mexicanos hubo mucho menos conflictos de los que en general se han supuesto. Por todas estas razones, se trata de un trabajo de importancia considerable para la historiografía mexicana.

Traducción de Isabel VERICAT

Stephen HABER
Stanford University

